

14.ª División

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO I

Núm. 4



Ayuntamiento de Madrid

« ESTILO »

¡HIJOS DEL PUEBLO!

A vosotros, que habéis empuñado las armas para subir el último repecho duro que ha de conducirnos a la cima feliz prometedora de la Libertad.

A vosotros, que os habéis lanzado al fragor de la lucha con el corazón ardiente de los héroes que inmolan vidas y dolores al ideal que los ilumina.

A vosotros, que agarráis las agujas duras de las alambradas y sentís en vuestras manos, como una caricia, el penetrar de sus púas de acero.

A vosotros, que marcháis con paso seguro y firme atravesando el estruendo de las batallas como por caminos de pétalos y que igualáis el olor de la pólvora, al perfume de las flores de primavera.

A vosotros, que con vuestro cuerpo marcado por las cicatrices que os conservaron la vida, continuáis buscando entre lluvia de metralla la senda de la Victoria.

A vosotros, que todo lo inmoláis con sonrisa de niño y esfuerzo de titán a la guerra revolucionaria que alienta en las tierras de España.

A vosotros, respeto, gloria y honor.

Vuestra será la Victoria y vuestras frentes se alzarán claras y seguras entre las ruinas de la batalla. El camino es recto y sus perfiles duros. Abrojos lo cubren, abrojos que solo calman su hambre ante avalanchas de dolor y que solo atenúan su sed ante torrentes de sangre; pero para vencer hay que recorrer ese camino con aliento poderoso, sin decaer en el esfuerzo de las encrucijadas, sin sentir en la piel ardorosa los rasguños de las zarzas.

¡Hijos del pueblo!

A lo lejos la meta suprema de la Libertad se ofrece con timideces de doncella virgen.

¡Hijos del pueblo!

Solo un anhelo: ADELANTE. Solo un deber: FIRMES EN EL SACRIFICIO

¡Por la Victoria del pueblo! ¡Por el triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División,
M. VALLE

Ayuntamiento de Madrid

A LOS MANDOS DE NUESTRO EJERCITO

En primer término he de desear que estas líneas sirvan para beneficio de todos y ayuden a la buena organización de nuestro Ejército. Mi convicción más firme es que la figura del miliciano es la más alta y elevada de la Historia moderna de España. Uno de sus méritos principales estriba en la transformación progresiva, de forma evolutiva, que ha sabido darse a sí mismo convirtiéndose de miliciano en soldado de nuestro Ejército.

Si el miliciano no dió en sus primeros tiempos el resultado que de él se esperaba, no es a él ciertamente a quien puede achacarse esta actuación deficiente, sino a un conglomerado de distintas circunstancias que le llevaron en más de una ocasión al fracaso. En general, los Mandos aún no eran, no yo perfectos, sino desgraciadamente ni siquiera aptos para desempeñar medianamente el papel que se les encomendaba.

Después un grupo de hombres, entre los cuales me cuento, hacíamos aun en aquella época una labor de dificultación para constitución de un Ejército: una serie de prejuicios, de convicciones profundas, de prédicas falsamente antimilitaristas, y un estado morbo de opinión contra el Mando y la jerarquía impidió desarrollar mejor la creación del Ejército en los meses pasados.

Todos, absolutamente todos, en aquel entonces estábamos dominados por un afán partidista y

tratábamos de conseguir la hegemonía de nuestra organización sobre las demás, el éxito de nuestra columna por encima de las restantes, el triunfo de nuestras ideas antes que el de nuestras armas...

Las duras lecciones sufridas nos hicieron ver a todos los que entonces fuimos responsables de la no aceptación del categórico imperativo militar del momento, la necesidad de aceptar de un modo íntegro y absoluto la militarización para formar nuestro Ejército hoy asombro del mundo.

Hasta tanto llega mi convicción que creo en la imprescindible necesidad de conservar, después de ganar la guerra, un Ejército fuerte y poderoso, que permita defender a nuestra España —entonces verdaderamente nuestra—, salvaguardándola de posibles invasiones y apetencias extranjeras. Compenetrémonos de la altura del momento en que vivimos, de la importancia de la misión que la historia nos ha confiado y superémosnos a nosotros mismos para conseguir que la verdadera España, nuestra Patria, sea un ejemplo, sea una bandera, sea una hoguera monumental que se alce al infinito jalonando con una nueva estrella la ruta que han de seguir los pueblos en la historia del porvenir.

El jefe de la División,

C. MERA.

Falsas alarmas

Se oyen sirenas a destiempo como se asiste a declaraciones públicas que tienen resabios de vetustas tradiciones carcomidas. Asistimos al espectáculo casi diario de acrobatismos aéreos, y se nos presentan también con harta frecuencia para soliviantarnos en las horas que pudiéramos dedicar más proficuamente al reposo y a la meditación, unos heraldos de clarines roncacos por el mucho sonar y estandartes ya demasiadas veces sacados a la palestra. Ni de la una cosa ni de la otra tiene necesidad esta vida nuestra que, a fuerza de ruidos parásitos y de agitaciones sin contenido, se está hiperestesiando vanamente.

Porque existe el peligro grave, inminente, de que, si la guerra se prolonga, como es de suponer, a pesar de algunas declaraciones hechas con generoso optimismo, por los que principalmente la viven, esta retaguardia de desesperanzados, de inconscientes y de abúlicos, caiga en el marasmo de olvidarla, cuando ni aún siquiera se propuso conocerla.

Una alarmante inquietud, si, necesitamos todos; un loco e incesante campanilleo dentro de nuestras conciencias para tener bien despierta la atención y en guardia vigilante nuestro tenso organismo, hacia un objetivo próximo que nadie debe necesitar le sea señalado.

Debemos pensar continuamente en que esta guerra inicua que se nos ha impuesto constituye para todos nosotros el tema obligado de una defensa heroica contra todos los peligros que de ella dimanen, y en provecho único y exclusivo del ideal que allá a lo lejos entrevimos, cuando ya antes de los primeros chispazos el solapado enemigo se nos reveló con toda su cruda e implacable perversidad.

Tenemos derecho los que no hemos jamás sentido la veleidad de trenzar relaciones con los poderosos, a que se respete hoy nuestra innata independencia de opinión. Lo declaramos abiertamente, en honor de esa ingenua y pacífica colaboración de que venimos abasteciendo la vida pública, dejando en ella jirones de nuestro puro historial revolucionario y expuestos a los paqueos incesantes de una turba de envidiosos emboscados que, con la primavera del triunfo, empiezan a salir de sus escondrijos como los lagartos al sol.

Sería de desear que las sirenas se estuvieran mudas hasta el momento oportuno, que los aviones exhibicionistas no volaran sobre la ciudad para evitar un error lamentable y de que todos aquellos que sienten el prurito de torpedear con sus inoportunas manifestaciones la obra revolucionariamente progresiva del proletariado internacional, que aquí en nuestra tierra sabe perfectamente lo que defiende, repasaran un poco sus actuaciones pretéritas y vieran si en efecto han salido alguna vez a batirse por aquello que hoy proclaman ser exclusivos representantes.

La voz de redención en España empieza a vibrar con inflexiones completamente desconocidas hasta ahora, ha traspasado ya las fronteras y tiene acentos universales. Intentar cohartarla, empuñeciéndola, es labor de un rastacuerismo local difícilmente explicable en estos momentos. Y tener la pretensión de competir con ella, ahuecándose y engolándose como si se fuera a decir algo grave para la historia, viene a ser algo parecido a la idea que persiguen esos aficionados ventrílocuos que van a gatas por los terrados, empeñados en hacer creer a la vecindad que hay fantasmas en el barrio.

¡SOLIDARIDAD!

EUROPA AYUDA A ESPAÑA

Si en el extranjero se incrementa de día en día la corriente de atracción simpática hacia la España libre, digna y heroica, nosotros los españoles no podemos permanecer impasibles ante esas manifestaciones de la solidaridad humana, y aunque el pueblo calladamente oculta dentro de su enorme corazón el infinito agradecimiento, nuestros hombres representativos recogen en ocasiones ese sentimiento de la masa anónima y lo proclaman a los cuatro vientos. Hace pocos días se celebró en Valencia un acto oficial para oír el informe emitido por los delegados españoles en la Conferencia Internacional de

Ayuda a la República Española y en él nuestra Federica Montseny pronunció las siguientes palabras:

«He de elogiar el informe completo que se nos ha ofrecido y no puedo hacer más que extraer la consecuencia moral, que es de enorme elocuencia. Toda esa manifestación de solidaridad internacional, de ayuda a España, revela algo que parecía extinto: la Humanidad vuelve a vivir el romanticismo heroico, se eleva de sí misma y tiende a la eternidad.

Todos los países del mundo han contemplado esa florecencia sobrehumana que recoge lo mejor de nuestro tiempo. Yo he vis-



to desfilar por mi despacho el panorama humano más extraordinario y más sublime: hombres de todos los países, representantes de todos los sectores del pensamiento, que personifican un estallido místico; y yo pregunto si hay algo en el mundo que no se levante y se apoye sobre el misticismo. Mujeres extraordinarias en las que he visto revivir la figura legendaria y heroica de otro espíritu españolísimo, esencia y carne de la mujer hispana: Teresa de Jesús, la monja andariega, la gran apasionada.

Los dos, Don Quijote y Teresa de Jesús, esencia del misticismo, simbolizan la hora que vive el mundo, porque el mundo se ha rejuvenecido, se ha bañado en el Jordán de la sangre vertida por nuestros soldados, al hacer frente a la bestia del fascismo, con lo que los hombres se recobran a sí mismos. Después de un período de negrura histórica, España ha abierto una aurora roja que cuesta sangre y lágrimas.

Pero se han necesitado los mártires de todas las ideas para hacer que éstas pudiesen triunfar.

Se ha necesitado el martirio de España para que todo el mundo

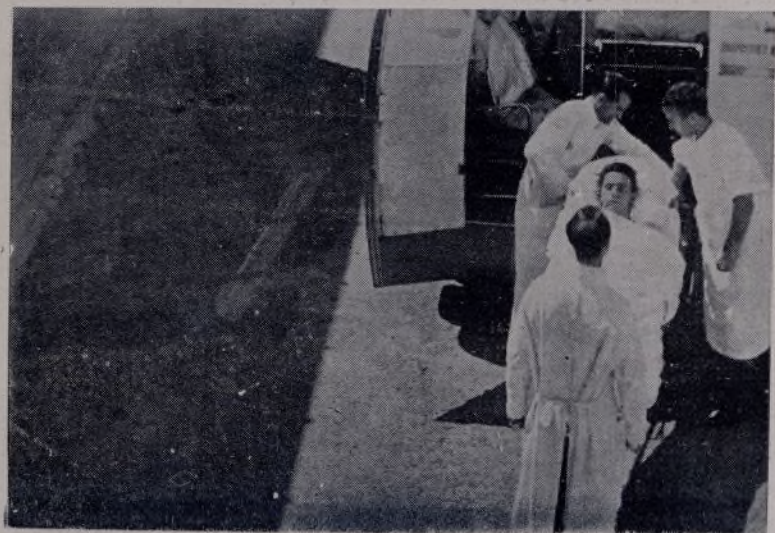
comprendiera el deber de la verdadera hombría. Lo ha comprendido y aparecen las pruebas de solidaridad y vienen los Don Quijote de todas las razas a dar su sangre y su vida por esta causa nuestra.

De nuevo la juventud del mundo ha abierto los ojos al país que inicia un renacimiento moral, que será también artístico y científico.

Quisiera que vierais en las ofrendas más humildes la revalorización espiritual del mundo, realizada bajo el influjo de España.

Quiero destacar la cantidad de heroísmo y de sacrificio que ponen todos los que envían a España lo que pueden.

Sabéis de qué manera el pueblo ruso y el mejicano se han volcado sobre la España auténtica. Habéis visto cómo la solidaridad de los obreros de Francia,



Ayuntamiento de Madrid





Alemania y de Italia no hubiéramos sabido responder como respondimos en los momentos iniciales de la contienda.

La lección de España será tenida en cuenta por todos los países.

Doble lección: ha habido una aspiración constante de libertad que ha habilitado al pueblo para la lucha y también para que to-

lla, y de la historia que nos ha hecho un pueblo guía, y esto exige de nosotros renunciación y sacrificio, dejar de tener vida propia para entregarla a la realización de nuestra gran misión.

Compañeros, mujeres españolas, en nombre del pueblo, en nombre del Gobierno y de todos los combatientes, doy las gracias a todos los hombres y mujeres



dos los proletarios del mundo todas las conciencias del mundo, se den cuenta de que para oponerse al fascismo hay que formar el cuadro, unirse todos contra los que quieren hacer prevalecer su dictadura.

Estas dos lecciones han de tenerlas presentes todos los hombres libres del mundo.

Seamos dignos de todo esto que por nosotros y con nosotros se revaloriza, de todos los hombres y de todas las mujeres que luchan por nosotros, y de los que mueren en los campos de bata-

del mundo para que nos presten su solidaridad, especialmente en nombre de los que sufren hambre y frío y de los que luchan en una guerra civil que es ya una guerra social, de los que tienen hambre y sed de justicia, contra los que han detentado el agua de todos los ríos y el trigo de todos los campos.

Luchemos por conseguir el paraíso en que soñamos todos los Quijotes, todas las Teresas de Jesús, que damos nuestra vida y nuestro esfuerzo por la causa de la justicia y de la civilización.»

Inglaterra, Holanda, se traduce en ambulancias, alimentos, vestidos para los luchadores y sus familias.

Pero la nota que es un verdadero poema la da Alemania: las suscripciones clandestinas entre

los obreros, sabiendo que los que fueren sorprendidos serán fusilados sin piedad.

Hay tanto heroísmo como en los hombres que arriesgan su vida en las líneas de fuego.

Se baten en otros frentes. Hay que destacar que incluso se han abierto suscripciones en los campos de concentración sometidos a una vigilancia rigurosa.

En Italia también triunfó la bestia negra porque el pueblo no supo establecer la unidad sagrada. Divididos, se esterilizaron.

Quizá nosotros, a pesar de nuestra raza indómita, si no hubiésemos tenido la experiencia de



INTERNACIONAL

PUEBLOS DE HISPANO AMERICA

ALLENDE PIRINEOS

DE LOS HIJOS A LA MADRE

Ante los acontecimientos españoles un pueblo americano, de fibra netamente española, se lanzó decididamente al cumplimiento del deber que su condición de pueblo consciente y libre le imponía: acudir en ayuda de los que de su parte tenían la justicia



y la razón. Y lo hizo limpiamente, sin tapujos y sin vacilaciones, con la seguridad del que cumple con su deber, sin pedir nada a cambio de su generosidad y sin pretender obtener ventajas a las que consideraba que no tenía ningún derecho. Y en los medios internacionales cayó entonces el ejemplo de ese pueblo hermano, de ese Méjico al que nunca se corresponderá en la medida de que es acreedora su limpieza de ideal y su altura de miras. Dió lo que tenía, sin pasar previamente la factura y sin pensar en ningún momento que de su generosidad presente pudieran derivarse ventajas futuras. Las aguas quietas de la Sociedad de Naciones se estremecieron ante la virilidad y el choque firme de la virtud de un pueblo.

Hoy otra Nación de Hispanoamérica lanza al mundo el reto de su sinceridad y del rigor de su actitud firme y exacta. Panamá marca la ruta a seguir a los países fluctuantes entre la medrosidad y el egoísmo. Panamá, resueltamente, sin previos cabil-

deos en los que se determine el alcance que su actitud pueda tener para los demás y para él mismo, cumple con su deber, toma posesión de la Legación de España, y expulsa de ella a los individuos que en ella ostentaban una representación a la que sólo acudían para traicionarla.

Ahí pueden encontrar los representantes vacilantes de las naciones todas del mundo el ejemplo a seguir. Ahí tienen una actitud modelo.

Si la conducta de Panamá encontrase el eco que se merece en los medios internacionales, si éstos abandonasen definitivamente sus vacilaciones claudicantes y temerosas, el campo abonado para el espionaje que vienen constituyendo los centros diplomáticos de todos los países, cambiaría radicalmente de aspecto el panorama de la guerra española.

Y de paso podría hacerse una obra de imparcialidad y de limpieza definitiva de los medios en que pululan los entes téticos, que, careciendo de valor para lu-



char en los frentes de combate, se dedican a asesinar por la espalda a los luchadores de la Libertad.

Primero Méjico. Ahora Panamá. Decididamente, los pueblos de América hacen honor a la sangre generosa que España supo darles noblemente, sin exigir remuneraciones ni imponer pagos futuros.

HISPANO AMERICA

Cuando en los ámbitos internacionales, de corte y de psicología fascista o fascistizante, se vió claramente que la lucha planteada por su egoísmo y por sus servidores en tierras de España tomaba un cariz demasiado duro, que comprometía rigurosamente la victoria fácil que soñaron en sus momentos de exaltación histeroide, se pensó en la componenda. Se pensó inmediatamente en una solución (para ellos) que, utilizando los tortuosos caminos de la política internacional, lograrse con subterfugios lo que no habían conseguido la fuerza de sus armamentos ni la crueldad sin límites de sus secuaces.

Y se pensó en abrazos que apuñalasen por la espalda las Libertades que el pueblo español estaba consiguiendo en la dura lucha de las trincheras a costa de su sangre y de su heroísmo; se pensó una vez más en aprovecharse de la candidez y de la buena fe de los pueblos para montar una comedia trágica, que una vez más estrangulase sus deseos de vida nueva. Y, por lo que respecta al pueblo español, se pensó en montar la comedia, a base principalmente de la fibra que más fácilmente responde a las sugerencias: de la fibra sentimental, predominante como ninguna otra en la psicología popular española; y queriéndole recordar heroicas gestas pasadas, se pensó en que la rama de olivo la presentasen, para que las posibilidades de engaño fueran mayores, las naciones hijas de hispano-américa; se pensó en que ante esta sugerencia sentimental, el pueblo cedería más fácilmente y caería con mayor ingenuidad en la red que se le tendía.

Pero el pueblo español ha curado ya su sentimentalismo ingenuo en la dura áspera a que le han llevado; las granadas alemanas e italianas han segado vidas proletarias que sólo querían Libertad, pero con ellas han reducido también a cenizas los deseos afectuosos de los hombres de Iberia; entre los tableteos de las ametralladoras y los silbidos desgarrados de los torpedos de aviación, ha crecido una nueva planta, de aristas angulosas y duras como la tragedia en medio de la cual han nacido: la indiferencia; la indiferencia para todo lo que no sea la guerra y la revolución; la despreocupación por la vida y por la muerte; el sometimiento de todos los intereses morales y materiales, de todos los deseos, al interés supremo de la liberación definitiva de los oprimidos.

Y este nuevo estilo originó una repulsa clara y enérgica de las actitudes falsamente conciliadoras; falsamente conciliadoras, porque no pretendían obtener el equilibrio justo ni garantizar las conquistas ya realizadas, sino que únicamente estaban guiadas por un fin egoísta, que, envolviendo en desprendimiento sus afanes de dominación y de sangre, hiciera creer al pueblo que la solución podía venir de otro lugar que de las trincheras.

Por eso, de ahora para siempre, pueden tener el convencimiento claro los mediadores fáciles de que el pueblo español no tomará jamás por ramas de olivo las zarzas cuajadas de espinas que se le ofrezcan; que la paz sólo vendrá con la Victoria definitiva y rotunda del pueblo en armas; y que el pueblo español sólo considerará Victoria la que lo sea auténticamente, la que asegure para siempre su liberación de los autócratas dominantes que durante siglos y siglos han clavado el puñal rencoroso de su egoísmo en las entrañas ingenuas y saturadas de abnegación y de comprensión de los pueblos de España, de los pueblos del Mundo.

TECNICA MILITAR - EDUCACION MORAL

Principios de mando.

Las órdenes dadas.—La principal cualidad de una orden es la claridad. En la guerra existe un enemigo más peligroso que la indisciplina; es la mala interpretación, que más frecuentemente que aquella perjudica a la estricta ejecución de las órdenes.

Un Jefe subalterno tiene generalmente la ventaja de explicar y comentar las órdenes que da a sus subordinados; así, su inteligencia entra en juego y ejecutan más alegremente las órdenes de cuya utilidad se han penetrado.

Pero hace falta, también, que su tropa esté persuadida de que él no emplea este procedimiento más que en interés del servicio. Debe estar no menos acostumbrada a ejecutar rigurosamente, sin vacilaciones ni murmullos, una orden firme, sin ninguna explicación.

Es la base misma de la disciplina, y debe insistirse en ello, aunque no sea más que como recordatorio.

Los subalternos son, generalmente, imperfectamente obedecidos cuando ordenan colectivamente, delante de muchos hombres, un trabajo que no tienen que ejecutar más que algunos de ellos. Cada uno cuenta con el de al lado. El que ordene debe pensar siempre en dividir el trabajo y repartir nominalmente las responsabilidades; es raro que uno que haya recibido una orden personal neta y positiva, se substraiga a ella, mientras que toda ambigüedad será explotada.

Antes de formular una orden, asegurarse de que es enteramente ejecutable y no admite excusas; decir muy exactamente lo que se quiere y nada más; abstenerse del sistema de pedir mucho para obtener algo; esto es un regateo impropio de la seriedad militar. Hace falta obtener lo que se ordena, y la dificultad estriba en tener la medida de lo útil y lo razonable.

Cuando una orden ha sido dada en estas condiciones de precisión, de equilibrio y de razón, su no ejecución debe llevar consigo una sanción inmediata y severa.

Es inadmisibles que un Oficial se desentienda de una falta flagrante cometida ante su vista, con el pretexto de que el culpable no está bajo sus órdenes directas. Esto sucede frecuentemente; sea por

indolencia, sea por temor de herir la susceptibilidad mal entendida del Jefe del culpable. Un Oficial es el superior de todos los individuos del Ejército que tienen un grado inferior a él. Debe tener el sentimiento de su autoridad y no hacerse cómplice tácito de un hombre que se conduce irregularmente en su presencia. Debe, pues, intervenir con tacto y firmeza, y hacer respetar las consignas y reglamentos en todas partes donde se encuentre. Toda relajación en trincheras y acantonamientos nace de la inobservancia de este principio.

En la Compañía, los subalternos deben ser los más firmes sostenedores de los hombres a su órdenes, y jamás debe rehusar al inferior el consejo que solicita o la solución a la dificultad que exponga.

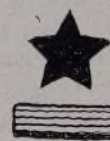
Un excelente medio de tener poco que reprimir en el servicio interior cotidiano es sostener el principio de que el hombre jamás ha faltado cuando está cubierto por la aprobación previa de un superior; pero que es siempre culpable de no haber recurrido a él si tenía la menor duda sobre lo que tenía que hacer. Por su parte, el subalterno será considerado indigno de mandar, si rehuye comprometer su responsabilidad en una respuesta firme.

Por ello no deben olvidar jamás que les ha sido confiado para sostenerla una parte del principio de autoridad, para que en ningún caso lo dejen decaer.

Por último, cualquiera que sea la afectuosa familiaridad que exista entre los oficiales no deben olvidar la diferencia debida a la experiencia, a la edad o al grado.

La demostración de respeto por el Teniente a la persona del Capitán, su diligencia y su puntualidad en cumplir sus menores instrucciones, serán pronto observadas por la tropa, y la enseñarán la obediencia y el espíritu militar por la mejor de las teorías: el ejemplo.

Por la transcripción. Un



El libro hace la revolución y la metralla hace la guerra

Todas las guerras que se han suscitado a través de la Historia, en todos los países, han conducido a los pueblos al más bajo nivel de cultura retroactivo, que ha facilitado un ambiente propicio para la labor contrarrevolucionaria de los eternos enemigos del pueblo, en perjuicio de los que han sufrido las fatalidades de la guerra.

Tenemos que poner todo nuestro esfuerzo, tanto moral como material, a fin de que la guerra encarnizada que se está llevando a cabo en España no adolezca de los mismos defectos de otras guerras, y así no tendremos que cosechar los frutos amargos que traen las conmociones guerreras, cuando por negligencia se ha dejado en perfecto estado de abandono la clave primordial de la revolución: La enseñanza.

Hay que despertar en los agueridos combatientes el amor a los libros, que es la más firme garantía de nuestra victoria.

De nosotros, los jóvenes revolucionarios y antifascistas, depende el que la victoria tenga la mayor o menor efectividad revolucionaria.

No se puede consentir, aunque se diga que la guerra degenera, que los soldados de la revolución española distraigan los ratos de calma con los mismos vicios que hemos heredado de una sociedad que por su exterminio estamos dando lo mejor de nuestra juventud.

Debemos pedir libros para las trincheras, con el firme propósito de que pronto cada agguero que tenemos formado en las entrañas de la tierra para librar-

nos de la metralla se conviertan en un salón de estudios en los momentos que las armas mortíferas se condenan al silencio.

¿Qué hacen los libros lujosamente ordenados en la retaguardia? Nada. ¿Que se destruyan si los traen a la trinchera? También se destruyen nuestros cuerpos al chocar con la metralla.

Los forjadores de la revolución que estamos viviendo, fueron instruidos en cárceles y presidio; ahora en las trincheras se tienen que hacer las conciencias de temple revolucionario, brazo ejecutor de la victoria una vez terminada la guerra.

A nadie más que los jóvenes de perseverancia y voluntad incunbe tan alta labor revolucionaria. Nadie dudará del éxito de nuestra labor, si nos proponemos

trabajar con férrea voluntad y a no desmayar hasta lograr el fin que tan honrosamente nos proponemos.

Demóstenes, el sabio griego, oyendo un día en plena Agora a Sócrates, fué tal la impresión que recibió, que dijo: «yo seré orador», era tartamudo y apenas sabía leer; pero trabajó tanto y fué tan grande su empeño, que consiguió cuanto se proponía, siendo considerado como el mejor orador de su época.

«Trabaja y vencerás», dice el proverbio antiguo.

No vacilemos, manos a la obra y pronto veremos nuestras ilusiones coronadas con el fruto de nuestro trabajo.

JESÚS MARTÍN.

5.º Batallón, 2.ª Compañía.



Por todo eso es por lo que los hijos del pueblo se han lanzado al sacrificio de sus vidas; por todo eso es por lo que su sangre generosa baña en riego fecundo los campos asolados por la guerra; por todo eso soportan las horas tensas de las trincheras, los minutos ardientes de los combates; por todo eso sobre sus frentes que ansian llevar los amplios sombreros del campesino, que los defienden de los ataques de los soles del verano, se ciñen hoy los cascos angostos de acero que los protegen del rigor acerado de las balas.

Por ese porvenir limpio, de paz segura y de trabajo fecundo, es por lo que luchan los hijos del pueblo; por la gloria de esas espigas, por la paz de esos campos, por el caminar lento y pausado de esos animales amigos, compañeros un tiempo de sacrificio, compañeros en el mañana de la felicidad de los hombres a quienes siempre fueron fieles y leales.

Ante esas imágenes de trabajo y de paz es cómo se comprende la fibra íntima del valor sin límites, de la inusitada capacidad de sacrificio y de heroísmo de los pueblos.

Ellos, sus hombres, sus mujeres, hasta sus hijos de carne tierna, recién abierta al torbellino de la vida presente, saben que de esta lucha que viven hoy con el estoicismo duro de los que siempre sufrieron dominación y dolor, es de donde únicamente saldrán hechas realidad esas visiones de felicidad que alientan en sus pechos generosos.

Ellos quieren lo suyo, lo que, nacido al calor de sus pechos de atleta y de sus manos encallecidas, les fué arrebatado con las malas artes de doblez y de la violencia. Ellos aspiran a que sus hijos correen sus pasos inseguros entre la tierra apelmazada que los vio nacer, sin que en el futuro de sus carnes tiernas se adivinen las garras crueles y las fauces voraces de todos aquellos que desgarraron el candor de su infancia.

Por todo esto luchamos; por todo esto lucha el pueblo en alarde gigantesco de voluntad de vencer, de irrevocables deseos de Libertad y de paz. Que nadie se cruce en su camino; que nadie pretenda impedir la marcha de sus hijos hasta la victoria rotunda y final que desean y esperan. De la Victoria, por la que arrostran todos los sacrificios. De la Victoria, por la que serán capaces de arrollar todos los obstáculos.



POR LO QUE LUCHAMOS



Por lo que estas imágenes representan luchan los hijos del pueblo. Y ellos, lanzados por el camino del sacrificio, serán capaces de inmolarlo todo. Y no admitirán que nadie desvirtúe su esfuerzo, ni que ningún advenedizo les administre la Victoria que es suya. Única y exclusivamente suya.

Hija sólo de su esfuerzo, ganada exclusivamente por su sangre generosa y por su sacrificio fecundo.

Los hijos del pueblo se han lanzado al fragor de la lucha, no porque en la ingenuidad de sus pensamientos hayan prendido falsas propagandas; no porque unos aventureros, explotadores de las energías gigantes del proletariado, hayan logrado lanzar a la última y más lucrativa de las aventuras a los que en todo tiempo sufrieron dominación y miseria. Las manos encallecidas en el trabajo no han empuñado los fusiles para defender intereses ajenos. Los bieltos no quedaron abandonados para que nuevos logreros se levantaran orgullosos sobre las tumbas de los que cayeron en el combate. Las rejas de los arados no salieron de las entrañas de la tierra y quedaron hirviendo la altura de las estrellas para sólo cambiar de patronos. No. El pueblo derrama su sangre generosa para afirmar la paz y para que horizontes de trabajo y de dicha confinen la alegría de los pueblos libres.



Porque esas sonrisas perduren y se hagan seguras en los labios de sus hijos es por lo que los hombres de hoy luchan sin descanso y arrancan a golpes de heroísmo y de sacrificio su secreto a la guerra.

Porque esos arrozales húmedos vuelvan a lanzar al cielo las nubes blancas de sus vapores caliginosos, e inunden después con sus granillos blancos las mesas de los que siglos y siglos han sufrido privaciones y hambre.

Porque esos hombres puedan formar en las filas tensas del trabajo seguro de cada día y se doblen tranquilos sobre esa tierra fecunda de donde saldrá el pan de sus hijos, que alegre la gloria de sus casas blancas ceñidas en la alegría perenne de los campos verdes y de los árboles en flor.

Porque esas mujeres puedan seguir notando sobre sus cabezas el peso de los frutos maduros que con sus manos hacendosas arrancaron de los surcos que sus compañeros habían sabido hacer fructíferos con su esfuerzo y con su tesón.

Porque en los grandes hangares donde se amontonan miles y miles de naranjas encuentren trabajo y pan las mujeres del pueblo,



haciendo pasar entre sus dedos hábiles los frutos jugosos de su tierra de promisión.

Porque esos cantos de trabajo y de paz logrado se eleven a la altura como a la altura se levantan los granos manejados por las mismas manos que meses atrás los derramaron en los surcos recién abiertos.

Porque el sol del verano siga aplastando sus ardores sobre las gavillas amontonadas en las eras y éstas aleteen en vida y esperanza removidas por los gigantes tenedores que se encajan en sus montones dorados.

Porque el chirriar de la carreta se haga más profundo, cargada con el peso amable de tanto trigo, y los bueyes puedan seguir rumiando su paciencia y su fuerza por todos los caminos de España.



LA SUPERVIVENCIA DEL DERECHO DESPUES DE LA GUERRA

Hanse visto a través de los tiempos, registrados en los anales de la Historia, tipos muy varios de derecho positivo. Digo positivo, porque el natural nacido de una vez y para siempre, conservó su vigor y lozanía en todas las edades, que vale tanto como decir que su espíritu estaba tan empapado de justicia, que si bien la evolución humana trastocaba, mutaba, la organización de la sociedad, y a cada mutación cultural o social sucedían leyes positivas nuevas, fruto de las necesidades del momento, la ley natural, repito, justa por antonomasia, en todas las épocas y latitudes, prestaba calor al débil y atenazaba al fuerte.

Fué la ley positiva parto de los hombres y puesta al servicio de algunos de éstos: los más poderosos; y cuya órbita se extiende desde la milenaria época del patriciado en Roma hasta los momentos actuales de paroxismo capitalista. La ley positiva, hija antes como ahora del más fuerte, fué la vestal que mantenía perennemente vivo el fuego de la diosa «Propiedad».

Nuestra lucha tiende a apagar el fuego y a derribar de su altar a esa diosa.

Una nueva vida se vislumbra para el derecho positivo. Sus moldes antiguos serán fundidos en el crisol de esta lucha y sus materiales, purificados por el pueblo, servirán a éste para cimentar el edificio de la nueva sociedad sin castas, regulado por normas de humanidad y de franca convivencia.

El derecho que hasta ahora mereció el recio ataque de los depauperados, será mañana su más seria garantía en el goce de las libertades populares. Ese día veremos al derecho dar fruto a quien lo atacaba, al igual que el sándalo permufa el hacha que le abate.

Pensar que la revolución sepultará el Derecho, es tan inocente como querer vivir sin sangre. Sepultaremos, sí, el antiguo, de base justiniana, que convertía al hombre en satélite del gran planeta «dinero».

El nuevo orden de cosas necesita de lo jurídico como el hijo de la amamentación de la madre; le va en ello la vida.

Jamás pudo concebirse una sociedad sin derecho, aunque esté ausente el Estado. El Derecho es la piedra angular de la sociedad, porque fija y delimita el sendero de la libertad, que no es otra cosa que hacer aquello que no perjudique a los demás. Todo lo demás no es sino un libertinaje de la peor índole.

En estos momentos de vorágine en que presenciamos el extorcer agónico de una cultura, de una sociedad que se hunde irremisiblemente, víctima de sus vicios, para dar paso a otra reñida por esencia con ella, pues carece del morbo gangrenoso que le arrebató la vida. Hemos de meditar profundamente y discriminar sobre las causas que determinan su caída, si queremos que la antorcha del acierto ilumine nuestro camino.

Cuando la fuerza sustituye al Derecho en el gobierno de los pueblos, caso patente de Alemania e Italia entre otros, la catástrofe se avecina con pasos de gigante, pues termina el imperio de la fuerza de la razón, para entrar a reinar la razón de la fuerza, que es en definitiva saltarse a la torera al derecho y criminalmente arremeter contra el que lo vive.

Concretándonos a estos momentos de algidez guerrera, transición de la sociedad fenecida a la que va a nacer, observamos la altísima misión confiada al Derecho, que no es otra que mantener a todos

amarrados al sublime trabajo de ganar la guerra. Procura que todos los ciudadanos, tanto el soldado como el de la retaguardia, cumplan su alto cometido, adicionando al acicate de su propia conciencia revolucionaria, el de la sanción punitiva impuesta por el Código a todo el que hace caso omiso de sus deberes.

En síntesis, en la guerra como en la paz, ha de ser para nosotros el Derecho uno de los más firmes pilares que sirvan de sostén a la nueva sociedad.

EMILIO VERA,

Teniente asesor jurídico de la División.

EL PERFIL DE LA VICTORIA

Siendo como es la totalidad del pueblo español la que por igual aporta sus entusiasmos y sus sacrificios al triunfo en la guerra, para la totalidad del pueblo español ha de ser la Victoria. Ha de ser el pueblo español el que libremente administre el fruto de sus heroísmos, de su dolor y de su sacrificio. Sólo el pueblo español, esa colectividad sin emblemas y sin distingos de grupo o de casta que en julio de 1936 se lanzó a los asaltos memorables de La Montaña en Madrid, de Capitanía en Barcelona, y de tantos y tantos edificios y lugares desde los que se defendían los rebeldes, es el que tiene derecho a decir la última palabra cuando de la orientación de sus destinos se trate.

Venciendo, vence el pueblo español todo, y no aquellos que pretenden medrar a su costa por mucho que se llamen a sí mismos orientadores de las masas, estrellas de Oriente de los luchadores. Y es que ¿qué queréis? Los que es baten día tras día en los parapetos de la Libertad han perdido ya la fe en esas estrellas tan careadas, que terminan siempre por ser estrellas fugaces y aun más que fugaces.

El pueblo español al luchar, lucha contra los privilegios, contra los dominadores, contra los que utilizan sus energías de titán para construirse las plataformas de que necesita su exhibicionismo andrógino. Lucha contra todos los figurones, falsos ídolos que sólo hablan del pueblo para explotarlo en beneficio propio, muñecos ambiciosos que sólo se dirigen al pueblo cuando necesitan de él para satisfacer sus deseos bajos de medro egoísta y de satisfacciones mezquinas, carentes de todo espíritu limpio, desconocedores de todas las virtudes enérgicas de rebeldía. Hombres que sólo aspiran a vivir

bien a costa del sacrificio y de los dolores de los demás hombres, a quienes llaman hermanos y toman por primos.

Por eso, todos aquellos que crean que de esta guerra y de esta revolución que se está gestando en las entrañas desgarradas del pueblo, pueden salir posiciones de privilegio a costa del sacrificio de los hijos del pueblo están equivocados de medio a medio. Ellos deben comprender que el pueblo, que en los días ardientes de julio se lanzó al asalto de los reductos facciosos, se lanzaría nuevamente a desgarrar, incluso con sus uñas, si no tuviera armas, las túnicas de falsedad en que pretendieran abroquelarse los nuevos tiranos.

La revolución ha terminado con los privilegios, y todo el que pretenda desvirtuar su alcance se verá irremisiblemente envuelto en la tragedia. El pueblo español es mayor de edad, considera que ya ha vivido bastantes años sometido a la tiranía de los unos y al despotismo de los otros, y, vencida la guerra, hecha la revolución, quiere LIBERTAD. En el auténtico sentido de esa palabra, tan llena de sugerencias, tan deseada por los oprimidos, tan temida por los opresores.

LIBERTAD DEL PUEBLO: ese será el fruto inmediato de la victoria dúplice que se delineará en el futuro claro que tenemos ante nuestros ojos. Y todo aquel que pretenda desvirtuar el contenido de esa palabra con sonoridades inolvidables para los oprimidos durante tantos siglos, caerá envuelto entre las maldiciones de los que murieron, entre el desprecio de los que viven.

Sépanlo todos aquellos que, a juzgar por sus hechos y por sus actitudes, aún parecen desconocerlo: EN ESPAÑA NO QUEDA SITIO PARA LOS TIRANOS.

El Comandante PALACIOS

Jefe de la Quinta División

De las entrañas de la tierra, surgió el 18 de julio un plantel de hombres valiosos para múltiples actividades. De ello será reconocida su historia revolucionaria, pero flotaba como una incógnita si serían o no capaces de sustituir con éxito a los militares traidores en el mando de las nuevas fuerzas que creaba el pueblo. A las primeras gestas siguieron las grandes revelaciones, los obreros, conscientes de la envergadura del movimiento que contra ellos se había desencadenado, se apresuraron a improvisar un ejército popular. Este ejército popular no podía ser denominado de otra forma que como *Milicias del Pueblo* y entre estas milicias, en plano destacadísimo, comenzaron a actuar las *Milicias Confederales*, que bien pronto daba hombres del mérito de Palacios, el hoy Comandante de la Quinta División.

Precisamente ayer fue inaugurada esta nueva División que el Ejército Popular encarga al Comandante Palacios. Palacios mandando hombres que voluntariamente se enrolaron a los organismos militares que exigía la lucha antifascista, ha conseguido a fuerza de heroísmo y capacidad, escalar el puesto de confianza del Alto Mando para que se le confíe la dirección de una División Orgánica, la Quinta.



El camarada Palacios rodeado de un grupo de oficiales de su división



Comandante Palacios jefe de la 5.ª división

Hablar de la Quinta División, es recordar un historial brillante de nuestras milicias confederales y del Comandante Palacios. Siete meses van a cumplirse de aquella última gesta de nuestro pueblo heroico. Medio año cumplido de una jornada memorable que aún no ha sido superada. Todo ese tiempo media ya que de aquella noche en que el Comandante Palacios, entró con sus soldados a la Casa de Campo a detener el avance, en tromba, de los ejércitos extranjeros en la capital de la República y que no solo consiguió hacerles parar en seco en su ofensiva, sino que le fué haciendo retroceder, palmo a palmo, a posiciones menos ventajosas, donde apenas si les queda tiempo ya para mantenerse. La labor de Palacios tiene su mejor expresión en esta gesta heroica. El sabe de los sinsabores de aquellos primeros días, y de las contrariedades que un mando heroico tuvo que salvar. En lugares como este es donde se temple el arte de los jefes, y el ardor de los combatientes. De ambas virtudes dió buena prueba nuestro compañero. Por eso, al recoger la noticia de su ascenso a mandar una división Orgánica, no tenemos por menos que felicitarle como antifascistas y augurar para los muchachos de la Quinta División, jornadas de triunfo y gloria compartidas con su Comandante Palacios.

¡Viva la Quinta División! ¡Compañero Palacios, SALUD!

LAS DOS COSAS AUN TIEMPO

¡ Hay que ganar la guerra, y la revolución !

Compañeros y combatientes, juntos a mi lado en las trincheras, combatiendo desde que estoy luchando como antifascista hasta la sublevación militar que sucedió en España, tengo una idea metida que hasta que no estemos en la retaguardia, lo mismo que aquí en la vanguardia. Que no miremos ni al blanco ni al negro, nada más que con un espí-

do en la España honrada y trabajadora.

Compañeros de la U. G. T. y de la C. N. T. y demás organizaciones; antifascistas de España: tenemos que hacer la revolución si queremos ganar la guerra, y si no de lo contrario tendremos una contrarrevolución entre nosotros mismos, y más fuerza se le dará al fascismo internacional, y nosotros, trabajadores, no debemos de llegar a esos trámites de



ritu revolucionario luchemos todos para defender la causa, ¿por qué no nos dejamos de ideas que hoy hay entre ambas organizaciones? Debemos darnos perfecta cuenta el proletariado español que cuanto más hilo se le da a la vilocha, más vuela.

Trabajadores de toda España, no debemos de consentir que por cuatro emboscados y parásitos que no quieren la revolución española, que suframos el proletariado mundial las consecuencias y crímenes que están sucedien-

tener que luchar unos contra otros, que después de ganar la guerra tendremos tiempo de arreglar las cosas, y luchar de una vez con esos canallas fascistas de



todas las tendencias burocráticas.

Trabajadores de todas las tendencias, sin distinción de ideologías: a todos me dirijo. No debemos consentir que por la política rastrera que llevan unos cuantos haya de haber choques entre los mismos trabajadores, y ellos son los causantes de ciertas anomalías que están surgiendo en la España heroica.



Nosotros, jóvenes antifascistas, debemos de poner nuestra poca capacidad e inteligencia, y nuestro valor para cortar el paso al fascismo y abrir nuevos cauces. Que nos libremos del yugo que nuestros padres no han podido subrayarse de la tiranía. Jóvenes que tenemos hijos: debemos hacer una sociedad limpia y pura.

donde todos gocemos de una libertad que hasta ahora la hemos tenido suprimida, y estar tranquilos en nuestros hogares, y gritemos todos a una vez por la libertad del pueblo honrado y trabajador.

JOSÉ FENOLL,

70 Brigada Mixta, 3.º Batallón.
Grupo de Transmisiones.

TEMA ACTUAL

UNIDAD

Cómo comprendemos por aquí el valor y el significado del subtítulo. ¡ Unidad...! Con ella al frente, con ella por divisa, se ha luchado y se han conseguido tan brillantes victorias en todos los frentes como en estos de la Alcarria. Mezclados, confundidos los unos y los otros, nuestras armas chocaron rivalizando en el deseo de cuáles las más prontas se disparaban contra el cobarde enemigo, al que despojamos de su soberbia y pertrechos. No de otro modo podía ser; no de otro modo será, por nuestra parte, ocurra lo que ocurra y aunque los interesados en ello pretendan que trasciendan a estas latitudes sus deseos de dominio, de absorción. Aquí no hallarán eco.

Si no fuera tan trágico y costoso en vidas, podríamos reírnos de ese espectáculo de la retaguardia que parece trata de empujar

nuestro sacrificio, como si la sangre vertida por nuestros hermanos en calles, campos y trincheras no pesara en quienes lanzan esas consignas de devastación y exterminio entre un mismo bando; porque un bando, una unidad infraccionable, somos los que en los frentes atajamos con nuestros cuerpos el paso del fascismo invasor.

¡ Unidad...! Es aquí donde



puede comprenderse el sentido exacto del vocablo. Unidad en el mando. Unidad en la acción. Verdadera unión de sentires y anhelos en todos los corazones, en todos los cerebros. Es en estas desoladas, pardas tierras, donde se confunden los alientos, donde se aprecia su fuerza aglutinante; no donde, empeñados en forcejeos políticos, se forja y esgrime a guisa de tópico.

Un fusilero de la 70.



LA LLANURA



Yo me figuro que ha de constituir un enigma inquietante para los que se iniciaron en el difícil arte de la guerra, el concebir la organización defensiva o cualquier otra acción militar que tenga por teatro un campo de operaciones sin accidentes orográficos ni geográficos.

Es inútil tratar de buscar en tratadistas y teorizantes la solución de estos difíciles problemas, como el que, aparte un testigo enojoso, todos ellos tratan de soslayar el dictaminar sobre este complejo aspecto de la guerra.

Todos sabemos el fundamento de la organización de una posición defensiva en condiciones normales; todos sabemos las ventajas que un Jefe militar sabe obtener de un buen aprovechamiento del terreno, tanto en la ofensiva como en la defensiva, y que los accidentes del mismo han de adaptarse a las operaciones militares, sometiendo a él con una tiranía tal, que se ha dicho muchas veces, y con razón, que el terreno es el «señor de la guerra».

Cuando, por el contrario, no existen defensas accesorias, no hay elevaciones de nivel; cuando, en suma, el terreno en que hemos de instalarnos o de operar es tan sólo una amplia y dilatada llanura, una planicie de límites que se pierden en el horizonte, ¿qué solución podemos dar a estos problemas?

Es tan honda la transformación que sufre la organización defensiva del terreno llano en comparación con cualquier otra, que se precisa tener una gran cultura militar para concebirla dentro del campo de la lógica.

Desaparece en primer lugar el concepto de enfilada y desenfilada básico para cualquier estudio. En la llanura todo lo que se salga fuera de la trinchera está enfilado por algún arma.

Aumenta el valor de las armas automáticas en un grado tal, es tan enorme su eficacia por distintas razones técnicas, que apenas si es preciso enumerar que las cortinas de fuego producidas por cualquiera de éstas es suficiente para impedir cualquier progresión de Infantería.

Por el contrario, en el aspecto moral, si las trincheras se van acercando progresivamente, como es lógico, y el defensor ve avanzar una ola de asalto decididamente a sus trincheras, y sabe que al saltar de ellas ha ido decidido a conquistar las propias o a morir, es probable que no pueda aprovecharse con éxito de sus armas, e incluso que abandone la posición.

Si un frente se estabiliza en una llanura y se mejoran notablemente sus fortificaciones, ¿es preciso creer que no se puede esperar nada sino de la maniobra?, ¿será preciso abandonar la idea de atacar en este frente?

Es preciso estudiar y ver nuevos sistemas de progresión de Infantería en un frente como el que tomamos, por ejemplo. Es posible que las circunstancias de una guerra nos obligue contra todo principio a efectuar una maniobra ofensiva en un llano contra posiciones más o menos organizadas, y ante el imperativo de esta necesidad será preciso poner a nuestras tropas en condiciones de combatir con alguna ventaja para obtener la superioridad en la ofensiva.

En un ataque de esta naturaleza, es mi opinión que no será nunca

el número el que decida; habrá que contar ante todo con la calidad de los asaltantes, con su disgregación sobre el terreno y con la maniobra por saltos sucesivos hasta una cierta distancia, con avance progresivo y continuo arrastras hasta otra, y con un solo impulso, una sola carrera, un solo salto que ha de decidir entre la actitud gallarda de vencedor por la pirueta trágica de vencido.

Para esto será preciso crear grupos de combate, pequeñísimas unidades, enormemente compenetradas, que se lancen al ataque con ánimo de vencer; detrás de estos grupos irán, muy separadas, muy disgregadas, las primeras escuadras. No se podrán hacer concentraciones, y de hacerse serán a considerable distancia del frente, y a partir de allí empezarán a efectuar un movimiento de acordeón que permita ir volcando escuadra tras escuadra, pelotón tras pelotón, al asalto detrás de sus grupos seleccionados.

Y el que soporta el ataque, ¿debe esperarlo fríamente en sus trincheras?, ¿debe replegar instantáneamente su línea de vigilancia, dándola por perdida? A mi juicio, no. El éxito de la defensa de un terreno llano no estriba en una buena organización defensiva ni en la permanencia en las trincheras de un número mayor o menor de hom-



bres; si el frente se incide en un punto no tendrá defensa el resto; si necesita refuerzos en un lugar no los podrá recibir. Por tanto, contra la ofensiva en un terreno de esta naturaleza no cabe más defensa que la contra-ofensiva; contra el ataque a una posición en un llano no cabe más que el contra-ataque.

La organización lógica estriba en tener delante de cada línea defensiva, sea de vigilancia, sea de resistencia, sea de sostén, una línea de detención de tanques, de la cual no debe pasar el tanque ni el infante enemigo; esta línea ha de tener intervalos, y en esos intervalos han de existir campos de minas. Por entre esta línea, estudiando fajas de terreno perfectamente definidas que han de pasar forzosamente por las brechas de las alambradas propias, se han de trazar ejes de contra-ataque propios perfectamente claros y definidos.

Cada Capitán de Compañía y cada hombre han de saber con la suficiente anticipación por dónde deben lanzarse al contra-ataque en caso de ataque enemigo; deben conocer su eje de marcha y de progresión de día y de noche; deben saber en qué momento preciso, por medio de qué señales, o en qué situación dada deben lanzarse al contra-ataque, hasta dónde deben llevarlo y qué deben esperar de él.

La defensa en el llano, si bien sea un concepto poco audaz, solamente debe esperarse de una reacción ofensiva.

Ayudemos a Euzkadi

La Estrella del Norte

No debe apartar nuestra atención de la ofensiva desencadenada contra Bilbao, cualquier acontecimiento surgido en nuestro propio hogar por efecto de la tensión de ánimos, que deseamos sea aplacada cuanto antes.

Insistimos en que la finalidad de nuestra lucha ha de unirnos a todos en una misma responsabilidad. No hagamos con nuestra abulia o nuestro abandono suicida el juego a los facciosos, ni caigamos tampoco en la trampa que aquéllos nos puedan preparar, que a diario nos tienden con múltiples intrigas, de las que probablemente casi nunca sabemos por donde han empezado.

Se lanza con facilidad la provocación entre nosotros. Parte de consignas emanadas sin duda alguna de aquéllos que desean nuestra derrota, y el vecindario inconscientemente se presta a hacerles el juego, aventándolas con el soplo de la incontinencia desaprensiva y de la habitual murmuración.

Se les sigue dando pábulo por muchos que se consideran responsables y por no pocos de los que tienen funciones representativas, hasta que un buen día explotan, en el preciso momento que más necesarios son nuestros cuidados para defender lo único verdaderamente en peligro, y que por el camino que vamos no presenta señales de próxima consecución: la libertad de nuestro pueblo y la seguridad individual de quienes ardientemente la deseamos.

Pero esa independencia nacional, por la que tantos suspiran, no puede defenderse alejados centenares de kilómetros del enemigo, ni mucho menos entregados a una continua conspiración de habladurías y de incitantes resquemores en perjuicio sobre todo de quienes tratan de redimirnos al precio de su sangre.

Es necesario a toda costa emprender la campaña de reconquista de nuestra tierra con aquel

empuje incomparable que el gran Durruti puso en su generosa y viril salida que lo llevó a la gloria de los inmortales.

Un objetivo sobre todos los demás se nos señala por el Norte, que tiene tanta o mayor importancia para nuestra Península como nación continental que cualquier otro de los hasta ahora perseguidos por los ejércitos extranjeros que asolan nuestro país.

La capital de Vizcaya está en peligro. Se han lanzado sobre ella las fuerzas más aguerridas con que cuentan nuestros enemigos, reforzadas por grandes contingentes de «carabinieri» italianos en los que Mussolini ha depositado su confianza, y con la cooperación específica de aviadores y artilleros hitlerianos, dirigidas por un Estado Mayor alemán que ha planeado esta ofensiva. El material empleado es ingente. Sólo para destruir pequeños pueblos y caseríos han volado sobre la zona atacada más de cien aviones de bombardeo y de caza. Tratan los invasores de aterrorizar a la población civil, para ejercer impresión sobre Bilbao, y que éste se rinda sin defensa.

No esperamos asistir a la repetición de lo de Málaga. Sería una derrota de gran significación y trascendencia, cuyos efectos no tardaríamos mucho en sentir.

¡A las armas! Con toda la indignación que debe provocar en nosotros un crimen de lesa humanidad espiritual como el de esos cobardes pajarracos negros que han destruido el solar vasco de Guernica. Prestemos a nuestros hermanos de Euzkadi la ayuda material que en estos momentos necesitan. Ni más discursos ni más artículos panegiristas que podrían convertirse en oraciones fúnebres: No debemos despegar los labios hasta que no hayamos triturado con nuestro violento empuje el arco de hierro que amenaza a Bilbao.

¡Hacia el Norte!

La Victoria debe ser el faro que alumbré con luz nitida todas las acciones, todas las palabras, todos los gestos y hasta los pensamientos todos, de los Comisarios de guerra.

Este dolor no se cura con resignación

Ese dolor, el dolor de madre herida en su fibra más sentimental y más honda, el dolor de madre que tiene entre sus brazos el cuerpo inerte de su hijo, el dolor de madre que contempla con faz entristecida y llorosa ese agujero trágico por donde se escapó una vida que llevó en sus entrañas, es el dolor de España.

Ese es el dolor de la madre grande y heroica que nos vio nacer y que en sus campos desgarrados por la metralla siente la herida viva de la muerte de sus hijos en aras de la liberación definitiva; esa es la madre que sufre con dolor y con rabia el paso de los meteoros ardientes que la internacional del dolor y de la muerte desencadenó sobre su suelo mártir, sobre su pueblo heroico.

Ese dolor, ese dolor hondo y amargo, ese dolor que subiendo del corazón ahoga atenazando la garganta, no se cura con resignación. Si, Castela, sí. Ese dolor no se cura con resignación. Ese no es el dolor estático que se vence ante lo inevitable, que acepta lo ocurrido con la conciencia de que tenía que ocurrir; ese dolor no comprende el fatalismo árabe «estaba escrito».

Ese dolor fué escrito en las páginas sacrificadas del contemporáneo español por hombres que vinieron de fuera y por otros que los sirvieron queriendo defender sus privilegios con armas extranjeras. Ese dolor ha sido real porque así lo quisieron los ambiciosos que querían mantener privilegios de clase, que querían que

en el ambiente español subsistieran las castas ancestrales. Ese dolor podía ser paz y fraternidad, ese dolor podía ser vida jugosa y fecunda, ese dolor podía ser redención eterna de un pueblo noble y abierto a la concordia y a la piedad.

Pero los hombres no quisieron comprender esa realidad humana, palpitante de buenos deseos, y hundieron en las entrañas doloridas y sacrificadas de la madre España el puñal de la discordia; y hoy hurgan entre sus vísceras queriendo asesinar sus últimos rescoldos de rebeldía.

¡Ignorantes! ¡Ignorantes! No comprendéis la realidad; no habéis sido nunca capaces de comprenderla. Y moriréis sin saber lo que es la verdad, porque vosotros preferís morir a abrir los ojos a la luz radiante de la liberación.

Ese dolor no se cura con resignación. Ese dolor es el germen de la venganza; ese dolor es el grano que cae en el surco abierto por las bayonetas del pueblo, y que fecundado por su sangre y por su heroísmo, cuajará en espiga de Liberación y de paz, sobre las ruinas humeantes de la tiranía vencida, que se hundirá irremisiblemente en el abismo del préterito oscuro y vencido.



LA SANIDAD EN LA 14 DIVISION

ORGANIZACION DE SANIDAD

La 14 DIVISION, en su primer número, al hablar de nuestra Sección de Organización Sanitaria, del funcionamiento de la misma, ha de sucederle algo de lo que ha venido ocurriendo desde hace mucho tiempo a los hombres dotados de un sentimiento que es vida, de esos hombres que en ningún momento vacilaron luchar, con la consideración y cariño humano que a todos nos une; de esos hombres que han olvidado todo, con el propósito de vencer, poniendo en toda su función el sacrificio, que por olvidarles se ha requerido, y si bien llegan a un resultado final de condiciones perfectas, en nada inferiores al realizado por otros con más medios, se encuentran siempre dispuestos para todo, con el ánimo de olvidar, ante la rectificación de quien con sus medios les combate.

Si ellos consideran su origen, si ellos son igual que nosotros, si combaten la misma causa, ¿qué pretenden ante nosotros? Tú hoy soldado, tú luchas y a tus ayes de dolor, a tus necesidades para tu salud, acude o llama que allí estaremos, sin que nunca más recuerdes lo que en tiempo llevabas como símbolo de lucha antifascista, que es a veces luchas de antifascistas, por egoísmos que hemos de suprimir; acude como soldado que defiende las libertades de un pueblo, al lado de quien contigo lucha, puesto que el triunfo, el bien conseguido, será bienestar para todos.

Nuestra Organización Sanitaria, si bien no es en un todo modelo de perfección como sería nuestro deseo, hemos hecho y dictado unas normas elementales a cumplir para el mejor funcionamiento de la misma. Dadas las condiciones de la guerra moderna, las organizaciones que se encuentran inmediatas a la tropa, sólo pueden ser órganos de evacuación, quedando los demás como órganos de tratamiento de los heridos y enfermos.

Todos estos escalones tienen una línea sin solución de continuidad que funciona desde nuestras guerrillas hasta el Hospital Divisionario, y a través de éste al Hospital más lejano de las mismas, apoyándose los unos en los otros, unidos por el mismo punto de vista, por la misma doctrina.

El adjunto esquema muestra nuestra distribución para la pronta y rápida asistencia y evacuación de nuestros heridos.

Nosotros, guiados por esto, hemos formado una Sanidad escalonada dentro de la División, que comienza en el escalón regimental y termina, según se indica, en el Hospital Divisionario, cuyas funciones en cada uno de ellos son las más adecuadas a las condiciones que se requieren, lo mismo que el médico dentro del Batallón encauza su actividad y energía en la vigilancia de la línea de fuego, dirige el Servicio de los camilleros para la recogida de heridos, haciéndoles una primera cura y poniéndoles en condiciones de ser evacuados al Puesto de Curación. Todos ellos tienen concepto de su deber, son enérgicos para imponerse y enviar a la línea de fuego el personal que no debe permanecer en el Puesto de Batallón, y toda su preocupación es la de alejar lo más pronto posible a los heridos que se le presenten, siguiendo siempre a las fuerzas en sus movimientos.

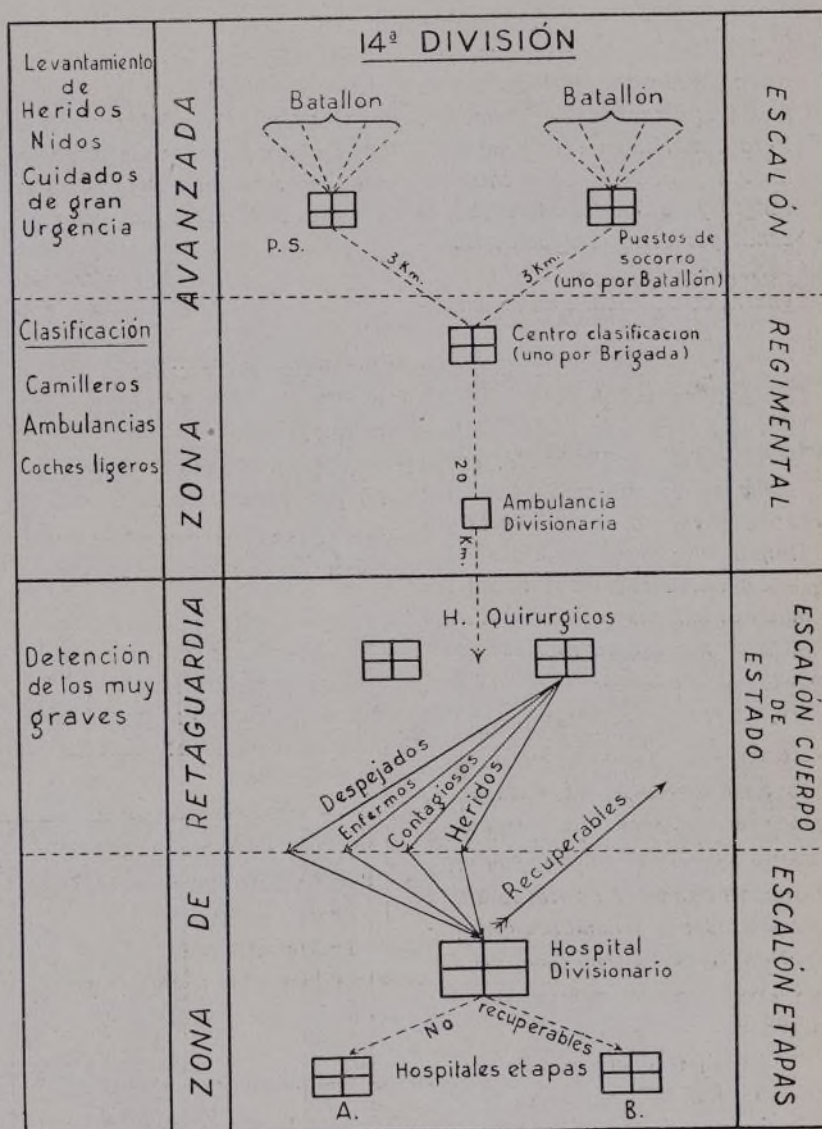
Los demás escalones, de cuyos servicios no voy a tratar, son órganos que, a más de los tratamientos médico-quirúrgicos que exige el caso, perfeccionan la clasificación que se ha hecho de los heridos en los Puestos anteriores, regulando el servicio de evacuación, imponiendo y dando mucha flexibilidad y movilidad a las Organizaciones Divisionarias accesorias en la guerra activa y de maniobras.

Pues bien, si contamos en esta División con un Ejército y una Sanidad, se impone a más de una organización una disciplina militar, y una vez conseguida ampliaremos y extenderemos nuestra acción a todos, porque el instinto y el sentimiento de la conservación son innatos de la humanidad.

Todo lo que pueda atender a la conservación de la salud, que es la base de la vida, ha sido constantemente en la sucesión del tiempo, objeto de las investigaciones del hombre y su ciudad, y viceversa, por un impulso natural, debemos de huir siempre de cuanto pudiera menoscabar nuestra salud.

Y lo que decimos del hombre en particular, debe entenderse también en general de nuestros soldados que hoy forman la parte más importante de nuestra sociedad, de lo que cada uno no es en último caso más que un miembro en peligro.

Venimos combatiendo sin tre-



gua, desde el comienzo de la guerra; las enfermedades, que con su adquisición producen bajas, degenera el individuo, su descendencia y, como consecuencia, la raza.

Queremos y venimos combatiendo sin tregua también a la muerte, que es la destrucción de nuestra sociedad y el estacionamiento; de aquí que lancemos nuestros esfuerzos, imponiendo una rígida disciplina, si con la Sanidad queremos ayudar a nuestro Ejército, a nuestro pueblo, en su lucha.

Y cuando mayor grado de civilización y de disciplina va llegando a alcanzar, mayor será nuestra vigilancia y más exquisitos los cuidados necesarios para conservar la salud del individuo, la salud de la familia, la salud del pueblo, puesto que no puede existir la una sin la otra y ambas se completan mutuamente.

El enfermo, el herido, es como

la llama que se agita entre la calma y el soplo que pueda extinguirla instantáneamente; su estado es un equilibrio inestable entre la vida y la muerte, que a la menor oscilación puede derrumbarse en los abismos infinitos del no ser; en ese estado, pues, ni puede ser útil para defender sus libertades ni a sí mismo.

He aquí cuando aparece el médico, cuando aplica con entusiasmo su ciencia, devolviendo el herido libre de su dolencia a la trinchera, con el ánimo recuperado y los deseos del triunfo que le espera.

Nuestra higiene, procuraremos la conservación de ella, porque con la higiene se adquiere la salud que es la vida, y la vida es la grandeza, el progreso, sin el cual no se puede ganar la guerra; es llama que inflama a la humanidad y la dirige y la impulsa hacia el triunfo final.

NO ENTIERRAN CADAVERES, ENTIERRAN SIMIENTE

Semillas de dolor y de miseria están dando sus frutos en esta primavera cuajada de promesas. Pero también en esta primavera nuevas y dolorosas simientes de sangre y de muerte se están lanzando por el sembrador de las libertades en los surcos que la guerra está abriendo en las entrañas de España.

Con gesto dolorido contemplan los sembradores los surcos trágicos que recogerán su semilla dolorida; esa semilla inerte, cuyas manchas ensangrentadas revelan el origen puro de sus frutos futuros.

La tierra abrió sus bocas sin dientes lanzando al aire el alarido trágico de su dolor; de ese dolor hondo, rasgado, de la madre que recibe el cadáver del hijo que llevó en sus entrañas. Esas bocas oscuras se cierran para abrigar del frío a los que cayeron en la tiniebla de la tiranía. Pero de ellas quedará en el futuro el grito ronco de dolor y de tragedia que recuerde a los hombres que pasen cerca en su caminar por los esplendores de la sociedad nueva, que la felicidad del presente ha sido posible porque muchos hombres sintieron en sus carnes la garraca acerada del martirio y porque también muchos hombres aceptaron el sacrificio y el dolor que la realidad de la hora vivida les exigió para que las llamaradas de la guerra y de la revolución consumieran a los déspotas y a los tiranos.

No entierran cadáveres, entierran simiente. Cada hijo del pueblo que cae en esta lucha a muerte que se sostiene en los campos de España, es una semilla fecunda que fructificará en espigas doradas de redención y de paz. Cada luchador que cae en la batalla es el ejemplo del deber exacto y tenso para los que hombro a hombro formaron en las filas de todos los combates para la libertad. Cada campesino inmolado a la pesanía y a la sed de sangre y de oro de las hordas invasoras, es un biello gigante que aventará de las eras de la revolución la mala hierba, separándola de los granos sabrosos que alimentarán a sus hijos huérfanos, en el ma-

ñana feliz que irrevocablemente les proporcionará la guerra y la revolución. Cada obrero cuyas manos encallecidas se tuvieron en cruzar en un último gesto de renunciación sobre su pecho poderoso, es una biela imprescindible en la máquina admirable que el pueblo de España está forjando sobre el yunque ejemplar de su propio sacrificio, con el martillo infalible de su propio heroísmo.

El cielo cuajado de nubes contempla tristemente la última ceremonia, emocionante en su misma sencillez trágica, con que los hijos del pueblo entierran a sus hermanos que perecieron en la lucha entablada con los eternos dominadores; también ellos han sufrido privaciones y miserias; también sobre sus cabezas se

cierne el fantasma pavoroso de la muerte; también ellos perciben quizás en los horizontes sombríos en que viven el sudario que recogerá sus restos mortales y la guadaña gigantesca que va segando una a una las vidas inquietas de los oprimidos. Sobre sus caras subsiste la máscara trágica a que tienen que ajustar su dolor reprimido, sus ansias incontenibles, de gritar a plenos pulmones lo que para ellos sería una irrevocable sentencia de muerte.

Pero sus ojos, en los que tiemblan lágrimas de coraje y de impotencia, perciben una lejanía clara, que les alienta a seguir soportando su presente cuajado de dolor y de sangre; en esa lejanía se perfilan con caracteres firmes, con trazo recio, las libertades seguras que los hermanos de otros

confines les traerán ensartadas en la punta de sus bayonetas; en la lejanía que avizoran se levantan poderosas, incontenibles, las legiones heroicas que, pasando sobre los campos abonados por la sangre de los hermanos caídos, lanzarán el halali final de la caza del monstruo. Y entonces ellos, saltando sobre todos sus dolores ignorados, sobre todos sus sacrificios desconocidos, recogerán la cosecha de Libertad para la cual sembraron la simiente de cuerpos inertes.

No entierran cadáveres, entierran simiente. Y esa simiente costosa cual ninguna, al calor del heroísmo de los soldados del pueblo, fructificará en Libertad eterna y en redención definitiva de todos los oprimidos del mundo.



Non enterran cadáveres; enterran semente.